

El mejor amigo de la Biblioteca Nacional

por JOSE M^a CHACON Y CALVO

FUE el martes pasado. Llovía torrencialmente, y la Biblioteca Nacional, instalada en el más antiguo castillo de la Habana, comenzaba a sentir los efectos de la lluvia estival. La mesa, junto a la amplia ventana, era un magnífico sitio de observación. Frente a la bahía, con La Cabaña al fondo, podía contemplar un bello espectáculo. Mas a poco comencé a sentir el aguacero en mi propia mesa de lector. Carlos Villanueva, solícito, apareció con una especie de lona impermeable, con la que cubrió toda la mesa, mientras trasladaba mis libros y cuartillas a un lugar menos inelmente. No era esto sólo. Un ordenanza llegó con no menos de media docena de cubos que colocó estratégicamente en el salón. Era un ritmo variado el de la lluvia golpeando en aquel fondo metálico. "La sinfonía irá en aumento", me dijo con cierto sentido musical un diligente empleado.



Yo estaba entregado a un trabajo febril. Pocas horas antes había inquirido con Carlos Villanueva si había en la Biblioteca tales y cuales libros. A los pocos minutos me llegaba su aviso: había esos libros, y algunos otros más que podían servirme para mi trabajo, y todo me aguardaba en el sitio de costumbre. Y esos libros, tan olvidados por las actuales generaciones, me hablaban del esfuerzo, de la voluntad, de la inteligencia de un gran cubano que, casi en el olvido, acababa de rendir su tributo a la tierra. Yo le debía mi humilde y fervoroso homenaje. Pero hacia muchos años que había leído estos testimonios de conciencia, y ahora necesitaba revisarlos, estudiarlos, y sentía nuevamente su benéfico influjo. Y lo podía lograr gracias a la bondad ilimitada, a la devoción patriótica de Carlos Villanueva, que presta sus servicios en la Biblioteca Nacional hace no menos de treinta y cinco años.

Sentía las dificultades materiales de trabajar en esa galería del viejo Castillo de la Fuerza, pero aquello era ya para mí familiar y me compensaba de todo el celo, el entusiasmo, la infatigable laboriosidad de Carlos Villanueva, el mejor amigo de la Biblioteca Nacional. (Hace algunos años que se creó en la Habana la Sociedad de Amigos de la Biblioteca Nacional. Por derecho propio uno de los amigos era Carlos Villanueva; más tarde, sus compañeros, los que más tenaces campañas libraban por el centro olvidado, hicieron una declaración pública, que no sé si llegó a revestirse de documental aparato: Carlos Villanueva era el mejor amigo de la Biblioteca Nacional. Pidieron pa-

ra él la Cruz de Céspedes, que le fué concedida hace algún tiempo).

Villanueva ha conocido ya tres directores de la Biblioteca y un asesor técnico. Le recuerdo en los tiempos de don Domingo Figarola Caneda, muy erudito en bibliografía cubana, muy devoto de las encuadernaciones francesas y de carácter difícilísimo. ¡Cómo sabía conllevarle Carlos Villanueva! Respetuoso de las jerarquías, convencido de que, en el fondo, Figarola-Caneda era un hombre bueno y cordial, con sus peculiaridades de carácter, vino a ser el elemento apaciguador cuando por la impertinencia de un lector y las intemperancias de Figarola, se creaba una situación difícil. Nadie vió nunca a Villanueva con una displiencia en el gesto, con una expresión de disgusto. Había heredado en vida la prodigiosa memoria de Figarola, poco amigo de hacer catálogos, ni mucho menos repertorios en fichas de los fondos de la Nacional. Ausente Figarola alguna vez, Villanueva le podía sustituir con cumplida eficacia.

Luego vino una etapa de tecnificación de la Biblioteca. La asesoría del doctor Luis Marino Pérez, el eminente erudito. Era secretario de Educación el doctor Francisco Domínguez Roldán. Figarola, verdadero fundador de la Nacional, erudito que ha dejado a nuestra bibliografía libros muy valiosos, director, durante muchos años, de un excelente Boletín de la Biblioteca que dejó de publicarse, por desgracia, por falta de consignación presupuestal, se sintió en situación desairada y se retiró. Pero Luis Marino Pérez estuvo poco tiempo en su asesoría—ignoro por qué motivos—y las cosas volvieron a su antiguo estado. Figarola, muy enfermo ya, cedió el cargo a don Francisco de Paula Coronado, el hiriente "César de Madrid" de **Fruitos Coloniales**, el hombre de caudalosa erudición que publicó muy poco, tal vez por la razón que decía una vez el autor de estas líneas: por haberle gustado leer demasiado.

Coronado siguió los mismos pasos de Figarola. Tenía la Nacional en la cabeza, y lo que es más, su vastísima biblioteca privada, que todos los días aumentaba—me lo dijo más de una vez—en veinte ejemplares. Eran obras del más diverso linaje. Y retenía sus títulos y, por lo menos, una somera indicación de su contenido. Y para Coronado, Villanueva fué el hombre indispensable, como antes lo había sido de Figarola-Caneda.

Más tarde ocurrieron en la Biblioteca grandes cambios. Esta vez, el impulso técnico fué una realidad concreta, y no se limitó a la vaga región de los proyectos. Un escritor de firme personalidad, de obra diversísima, de extraordinaria capacidad de trabajo, familiarizado con los métodos de las grandes bi-



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

21

bliotecas de los Estados Unidos, fué el encargado de la reforma. Ocho años laboró en esta empresa José Antonio Ramos, amigo inolvidable, cuyo recuerdo evoco con una profunda emoción. Tuvo, a la postre, amargos desengaños. Dejó la asesoría técnica de la Nacional, para volver a su antigua carrera consular. La muerte le sorprendió al poco tiempo. Precedió en el viaje sin retorno a Coronado, que había aceptado sus planes técnicos con un agudo escepticismo.

Y en esta etapa, de tantas dificultades internas, Villanueva siguió siendo el funcionario leal, de total entrega a su trabajo, que no conoce límites en el tiempo (¿quién le ha visto nunca en unas fugaces vacaciones?), que con su gran sentido de humanidad dulcificaba las relaciones difíciles del director y el asesor, y era para los dos ejemplo de lealtad y de colaboración eficazísima.

Volvió ahora a la Biblioteca Nacional después de largos meses de ausencia. Había habido cambios administrativos importantes. La señora Lidia Castro, antigua y competente funcionaria de la Biblioteca, era la nueva directora. La sala pública de lectura estaba completamente llena. Mi lugar recoleto me aguardaba. Y en seguida vi que Villanueva seguía en su antigua posición: la del más fervoroso amigo de la Biblioteca. Prestaba a la nueva directora la misma lealísima colaboración que prestó ayer a Coronado y antes de ayer a Figarola-Caneda. Y la señora Castro, con su fina sagacidad, lo advertía bien y le daba a su función de servicio esa jerarquía moral, que a Carlos Villanueva compensa de los externos galardones y de materiales beneficios.

Todo esto he podido verlo, vivirlo en horas de lluvia impetuosa de un mediodía tropical. Carlos Villanueva seguía consultando papeletas, revolviendo revistas y periódicos. Cerca de él estaba un amigo de hace más de treinta años. Un amigo que podía sentir que allí toda incomodidad tenía su asiento, pero que sabía también que la calidad humana, el ejemplo de abnegación y sacrificio que veían sus ojos le compensaban de todo y eran el aliento mejor y el estímulo más vivo para la tarea cotidiana.

Quizá pronto tenga la Biblioteca Nacional su nuevo edificio. Habrá cambios esenciales en la vida de ese centro. Tal vez la tarea del erudito en la Biblioteca tenga un mínimo de confort, comenzando por el clima artificial, tan necesario en nuestras latitudes. Todo podrá cambiar dentro de algunos años. Pero Carlos Villanueva seguirá en su tarea silenciosa, eficaz, generosa, siendo el mejor amigo de la Biblioteca Nacional.

DM, Jul 27/48



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA